

UN PLAZO PARA LA CONVERSIÓN
Domingo 3º de Cuaresma
7 de marzo de 2010

Nos cuesta trabajo abandonar la vieja idea que vinculaba el éxito en la vida con la bondad de las personas. O las desgracias con el pecado. Así pensaba el antiguo Israel. Pero la experiencia diaria desmentía una y otra vez aquella concepción de Dios.

Sin embargo, muchos siguen pensando así. Basta oír los comentarios a propósito de un terremoto: “¿Qué ha hecho esa pobre gente para que le vengan esas desgracias?” En realidad no han hecho nada peor de lo que hacemos los que nos libramos de la catástrofe.

La presencia del mal y del dolor nos perturba e inquieta. Nos gustaría que todo fuera más sencilla. Que los malos fueran castigados en esta vida y que los buenos tuvieran éxito en todo. Pero no es así. El creyente se fía de Dios gratuitamente. Porque es Dios. Y basta.

LA MUERTE Y LA CULPA

El evangelio de este domingo tercero de cuaresma (Lc 13, 1-9) ha de entenderse en esa clave. Jesús se refiere a dos hechos que debieron de suscitar muchos comentarios a su alrededor.

El primero se refería a los peregrinos que llegaron a Jerusalén procedentes de Galilea y fueron asesinados por los soldados romanos a las órdenes de Pilato. Muchas gentes se preguntaron entonces qué mal habían hecho para morir así.

El segundo hecho fue un accidente laboral. Unos obreros fueron aplastados por la torre que se encontraba junto al estanque de Siloé, que recogía las aguas del canal que traía desde la fuente del Cedrón. De nuevo la gente se preguntó que más habían podido hacer.

Jesús siente compasión por las muertes causadas por los hombres y por las causadas por las fuerzas naturales. Y aprovecha la ocasión para exhortar a sus oyentes a la conversión. Porque si la muerte estuviera vinculada necesariamente con la culpa, todos ellos merecerían ser víctimas de esas desgracias. No dice que los que han muerto sean pecadores. Pero los que viven y le escuchan ciertamente lo son.

ESPERANZA Y PACIENCIA

Es verdad que el evangelio no se recrea en la denuncia del pecado. Presenta la buena nueva de la misericordia de Dios. El que se compadeció de la esclavitud de Israel en Egipto se compadece también de nuestra vida improductiva y mediocre.

- “Señor, déjala todavía este año a ver si da fruto”. Eso pide el operario al dueño de la higuera estéril. Por un momento nos parece que el operario es el mismo Jesús que intercede ante el Padre para que sea paciente con nosotros.

- “Señor, déjala todavía este año a ver si da fruto”. Esa nos parece ser la petición de la Iglesia ante una sociedad que ha decidido vivir “como si Dios no existiera”. La paciencia es el rostro amable de una esperanza que aguarda un mundo más humano.

- “Señor, déjala todavía este año a ver si da fruto”. Y esa nos parece que puede ser nuestra oración a la vista de nuestra pereza y de nuestras infidelidades. Pidamos la gracia de su misericordia al que pedimos también la gracia de nuestra conversión.

- Padre de los cielos, que nos has creado por amor y nos llamas a vivir en el amor, perdona nuestras culpas y crea en nosotros un corazón nuevo. Amén.

José-Román Flecha Andrés